

y temía que Navarra pusiese en movimiento a los turcos. También indicaron los embajadores, que según toda probabilidad Navarra alcanzaría la victoria (1). Con todo, Sixto V dió tan poco valor a estos motivos como a la afirmación de que en todo este negocio se trataba sólo de un asunto de cortesía. En el ulterior decurso de la conferencia lograron los embajadores demostrar que algunos reproches alegados por Sixto V no eran sino hostiles hablillas. Prometíanse causar especial impresión con el argumento de que no obstante no podía ser desagradable al Papa saber que en Venecia había un representante de Navarra, porque esto facilitaba a la Señoría la posibilidad de la mediación. «Esto no lo queremos, dijo sin embargo Sixto. Esto produciría el efecto contrario de aumentar la soberbia y la presunción de Navarra».

La audiencia, que duró dos horas y media, transcurrió por lo demás tan pacíficamente, que los embajadores se fueron con la impresión de que el Papa no rompería con su gobierno. Pero sobre la gravedad de la situación no podían llamarse a engaño. El cardenal Pinelli muy afecto a ellos les hizo advertir enérgicamente lo que significaba que el gobierno veneciano hubiese dado a Navarra el título de rey cristianísimo a pesar de haberle excomulgado el Papa y declarándole inhábil para suceder en el trono (2).

El pesimismo de Pinelli halló su confirmación en la segunda audiencia de los dos diplomáticos venecianos, que se efectuó el 24 de noviembre. El Papa, sobrecogido por las noticias llegadas en este intermedio sobre el apoyo que prestaban al de Navarra Inglaterra, Dinamarca y el sultán de Turquía (3), habló esta vez en tono amenazador. Esto no obstante los embajadores se negaron a hacer concesión alguna. Inútilmente hizo Sixto valer que se trataba de una cuestión que tocaba a la religión, y que había de considerar la amistad con el de Navarra como una ofensa inferida a sí mismo. «¿Teme acaso la república al de Navarra? dijo. Esto es innecesario. Nos dado el caso la defenderemos con todas nuestras fuerzas. No nos falta dinero ni soldados. Podemos Nos aprovecharos más que él os puede

(1) Estos argumentos, que faltan en la relación de los embajadores, los contó Sixto V a Brumani; v. la *carta de éste de 22 de noviembre de 1589, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Badoer en Raulich, 293.

(3) V. la *carta de Brumani de 22 de noviembre de 1589, *Archivo Gonzaga de Mantua*. El día antes había publicado Sixto V un jubileo general en atención a la situación de Francia; v. Ehses, *Relaciones de nunciatura*, II, 422, nota.

dañar. Cuánto no ha revocado el mismo rey católico, no por temor a Nos, pues nuestro poder material comparado con el suyo es como una mosca en comparación de un elefante, sino por reverencia al Vicario de Cristo en la tierra. Así debían obrar también vuestros buenos ancianos senadores, cada uno de los cuales podría gobernar un mundo. No exigimos que Maisse sea despedido o no recibido en el colegio; pero no queremos que se le tributen todos aquellos honores que son debidos a los embajadores de Francia. Si se nos hace en este respecto una concesión, todo se arreglará; mas de lo contrario deberíamos proceder según las determinaciones de los cánones» (1).

El Papa había hablado con mucha excitación. Para no irritarle aún más los embajadores se limitaron a declarar que pedirían nuevas instrucciones a su gobierno. Denota bien los sentimientos de la Señoría veneciana el haber respondido, que ni podía, ni quería hacer nuevas concesiones (2). Así parecía estar perdida toda esperanza de un acomodamiento. Los españoles saltaban de júbilo, mientras Donato se desesperanzaba. Pidió su audiencia de despedida, que le fué otorgada el 15 de diciembre.

En esta entrevista que se ha hecho célebre, Donato expresó primeramente de nuevo con sentidas palabras su dolor porque el Papa diese más fe a las palabras de los enemigos de Venecia, que a las obras de la república, que sólo iban dirigidas a la tranquilidad y al bien de Italia. Enérgicamente hizo notar que Venecia no intentaba favorecer a los herejes, ni con dinero y tropas ni con consejos. También indicó qué reserva había demostrado Venecia en el recibimiento de Francisco de Luxemburgo, que en su viaje a Roma, emprendido en interés de Navarra, había visitado la ciudad de las lagunas. Pero que su gobierno no podía hacer más.

El Papa conocía muy bien, que la causa principal porque Venecia persistía en entablar relaciones diplomáticas con Enrique IV, era el temor de la preponderancia española. Donato sabía que también Sixto V veía con recelo los ambiciosos conatos de Felipe II, cuya preponderancia en Italia había de crecer de un modo insoponible, si lograba hacerse también señor de los destinos de Francia. En este caso estaba amenazada no sólo la independencia de Venecia, sino también la de la Santa Sede. Fundándose en esta comunidad de intereses, pidió Donato, cuando el Papa se hubo calmado algo más,

(1) V. Raulich, 296 s.

(2) Hübner, II, 277.

que Su Santidad se dignase despedirle con una declaración que arreglase el incidente de una manera amistosa, y no sólo restableciese en interés común la antigua amistad entre Roma y Venecia, sino también la confirmase. Sixto quiso eludir este ultimátum con la declaración de que sólo después de la llegada de Francisco de Luxemburgo podía tomar su resolución. Con gran presencia de ánimo replicó Donato: «Si Vuestra Santidad no quiere despedirme sino hasta después de la llegada de Luxemburgo, con esto mi comisión se uniría con los negocios de Francia, con los cuales sin embargo nada tiene de común. Mi encargo se refiere sólo al arreglo de una cuestión de etiqueta; en los asuntos religiosos no quiere mi gobierno que en modo alguno me entremeta». Demás de esto aludió todavía a que no se conocían los encargos de Luxemburgo, que quizá podía amenazar con un concilio.

Durante estas explicaciones Sixto V se había ido poniendo cada vez más pensativo. «Cuando menos lo esperábamos, así notificaron los embajadores al dux, el Papa, siguiendo una inspiración de Dios, o también persuadido por nuestras concluyentes y vivas representaciones, mostró de repente condescendencia y advirtió: Nos habéis vencido. Quien tiene un compañero, tiene un señor. Hablaremos todavía con la congregación francesa, a la que siempre hemos consultado. Le diremos que tuvimos una desavenencia con vosotros, pero que nos habéis vencido. Escribid esto al senado, a quien pedimos que en lo futuro proceda con más prudencia en las cosas de la religión y muestre mayor respeto a la Santa Sede» (1).

Cuando los embajadores se presentaron de nuevo al Papa el 20 de diciembre, declaróles éste, que aunque no podía aprobar lo que la república había hecho, quería con todo desistir de las disposiciones proyectadas contra ella. Juntamente amonestó de nuevo que el gobierno veneciano no descuidase la necesaria circunspección en las cuestiones eclesiásticas, y se quejó de la libertad que se concedía en Venecia a los divulgadores de pasquines contra Felipe II y el Papa (2).

(1) V. la relación de Donato y Badoer, fechada a 16 de diciembre de 1589, utilizada por Ranke, *Los Papas*, II², 137, en Hübner, II, 277 y Raulich, 308 s., completa en Hübner, III, 327 s.

(2) V. la relación de los embajadores de 20 de diciembre de 1589 en Raulich, 313 s. Uno de los pasquines a que aludía Sixto V está impreso en el Arch. d. Soc. Rom., VII, 487 s.

V

Durante las vivas negociaciones de Sixto V con los dos representantes de la república de San Marcos, el poderoso partido español de Roma no había estado en manera alguna inactivo. Olivares y los cardenales Madruzzo, Deza, Mendoza y Gesualdo tenían frecuentes reuniones, a las cuales asistían también a veces Rusticucci y Galli. Los sobredichos estaban en estrecha relación con Diou, el enviado de la Liga, y el cardenal Pellevé (1). El más infatigable de todos era Olivares. Incesantemente hacía notar, que su señor no tenía otra intención que colocar en el trono de Francia a un rey verdaderamente católico, y que por eso haría guerra a muerte el hereje Navarra. Pero no solamente se apeló a los sentimientos religiosos del Papa: tampoco se rehusaron amenazas. Sixto V hubo de oír que las tropas reunidas en Milán y Nápoles estaban destinadas ciertamente por lo pronto para apoyar a la Liga, pero podían asimismo dirigirse fácilmente contra Roma. Naturalmente también sacó provecho Olivares con habilidad de la exasperación que habían provocado las entabladas relaciones diplomáticas de la república de San Marcos con Enrique IV (2).

El conflicto de Sixto V con Venecia duraba todavía, y hasta parecía que conduciría al rompimiento por efecto de la poca condescendencia de la Señoría, cuando Sixto celebró a principios de diciembre un jubileo a fin de implorar la ayuda de Dios para el porvenir religioso de Francia (3), cedió a las representaciones de los españoles y tomó la fatal resolución de poner fin a la continuada incertidumbre, determinándose a obrar decididamente al lado de España.

(1) V. Hübner, II, 284 s.

(2) V. Raulich, 256.

(3) V. el escrito de promulgación, fechado IX Cal. Dec. 1589, en los Bandi, V, 1, 145, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Acta consist., 867, 869; Gulik-Eubel, III, 55; Couderc, Bellarmin, I, París, 1893, 150 s., 417 s. El Papa tuvo parte en el jubileo con gran devoción; v. la *relación de Donato de 2 de diciembre de 1589, de la que hay un pasaje en Ranke, *Los Papas*, II⁸, 136, nota 1; Santori, *Autobiografía*, XIII, 189; *Avvisi de 6 y 9 de diciembre de 1589, Urb., 1057, p. 703, 707, *Biblioteca Vatic.* *Mi disse di più Montalto, notifica Brumani en 2 de diciembre de 1589, che le cose di Francia andavano a traverso. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Sobre el jubileo celebrado en 1587 por Francia cf. Capelletto, Fil. Neri, II³, 574; v. también Bottoni, *Osservazioni sopra i giubilei et in particolare quello dato da Sisto V l'a. 1587*, Piacenza, 1587.

Las noticias que llegaban de Francia producían mucha inquietud. Enrique de Navarra había partido a marchas forzadas contra París, y en la madrugada del 1.º de noviembre había tomado todos los arrabales situados a la orilla izquierda del Sena. Se llegó a saber que sus tropas habían desahogado su rabia contra iglesias y santuarios, contra sacerdotes y religiosos (1). Bajo la impresión de tales noticias y del inminente rompimiento con Venecia hizo el Papa dirigir al cardenal Gesualdo como a representante del rey de España una declaración sobre su prontitud de voluntad para ajustar una alianza con Felipe II, a fin de salvar la religión católica en Francia y preservar a los países vecinos de que fuesen contagiados por los hugonotes. En caso de muerte del cardenal de Borbón, proclamado por la Liga como Carlos X, quería regular la sucesión en el trono según los deseos del rey de España. Ofrecióse a tener parte en la empresa en la misma proporción, y hasta con mayor despliegue de fuerza, a determinar la posición de los Estados italianos respecto de la misma y a obrar rápida y enérgicamente en unión con el rey (2).

Fué singular coincidencia, que cuando esta propuesta salió para Madrid con el mayor secreto el 16 de diciembre de 1589, estaba suprimido, por las representaciones de Donato, uno de los principales motivos que hubo para dar este paso fatal: el rompimiento al parecer inevitable con Venecia. El Papa no se atrevió a volver atrás inmediatamente, pues las noticias de Francia seguían siendo continuamente muy desfavorables para la Iglesia católica (3). Además había siempre

(1) *De Francia, escribe Brumani en 9 de diciembre de 1589 desde Roma, le nove sono poco buone per la Lega, ma si tace ne si può penetrare il tutto, che Navarra habbia saccheggiato alcuni borghi di Parigi, abbruciate case, violate chiese, imagini, sacramenti, religiosi, monache, ammazzamenti molti, menati pregioni numero grandissimo, non si dubita punto che gia S. S^{ta}, Olivares et quelli della congregazione lo confessano, et fatto tutto ciò partitose Navarra nanti aggiunse Humena colle sue genti, tutto questo si sa certo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. las propuestas del Papa compuestas en forma de notas verbales, que Gesualdo entregó por su encargo a Olivares, en Hübner, III, 339 s., 342 s. Manfroni (Legaz., 228) cree que Sixto V no había tomado en serio la propuesta y con ella sólo había querido ganar tiempo.

(3) En el consistorio de 20 de diciembre de 1589 dijo el Papa que Caetani debía sin duda de haber llegado a París (según una *carta de Brumani de 30 de diciembre de 1589 [*Archivo Gonzaga de Mantua*], entonces no se tenía aún sobre esto noticia alguna segura). Luego se leyeron algunas cartas de la nobleza al legado, después de lo cual hizo observar el Papa: *Si in provincia ista, in qua vix una civitas remansit catholica, quid erit in aliis? Voluimus significare vobis

todavía la posibilidad de que Venecia hiciese causa común con Navarra, antes que éste hubiese vuelto a la religión católica. Una sincera conversión del hombre recaído en la herejía y tenido generalmente en Italia por irreligioso (1) tampoco entonces la juzgaba Sixto V por probable. Las representaciones de Donato habían sin duda hecho vacilar sus opiniones en este punto, pero de ningún modo las habían aún cambiado (2).

La decisiva mudanza en esta cuestión no la obró sino Francisco de Luxemburgo, duque de Piney, que en nombre de los partidarios católicos de Enrique de Navarra al fin (3) se presentó en Roma el 9 de enero de 1590 (4). Vivonne, ya en el otoño de 1589 vuelto a la curia, le había preparado con habilidad (5). Olivares, que según la expresión del embajador mantuano trabajaba con mil espías (6), sufrió el gran disgusto de que Francisco de Luxemburgo ya el 10 de enero fuese recibido por el Papa, no en un consistorio público, sino prudentemente sólo en una audiencia privada, en la que, con todo, el Papa en oposición a la fría actitud de los oficiales de la corte se mostró muy benigno y hasta hizo tomar asiento al duque (7). A esta primera audiencia, en la que sólo se trató en general del triste estado de Francia, siguió ya el 14 de enero una segunda. El duque describió

istas primitias legationis. Acta consist. en el Barb. XXXVI, 5 de la *Biblioteca Vatic.*

(1) E opinione che egli non creda in cosa alcuna perchè si dice che alli stessi suoi predicatori Ugonotti quando sono nel pergolo faceva mille scherni quando lei era più giovane, se lee en la *Relatione del regno di Francia de 1587, ms. en *poder de una persona particular* de Borgo in Valsugana.

(2) V. Hübner, II, 295.

(3) Según la *relación de Brumani escrita desde Roma de 23 de septiembre de 1589, ya entonces se esperaba diariamente a Luxemburgo, el cual por carta de 6 de septiembre había anunciado al Papa su «próxima» llegada (L'Epinois, 383). *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Tempesti indica en II, 377 el 19 de enero y en II, 466 el 26 de enero como día de la llegada. Badoer en su relación de 13 de enero de 1590 (Hübner, III, 344) nombra «luni», esto es, el 8 de enero.

(5) V. Bremond, 317 s.

(6) Sta colli ochi aperti et con mille spie, dice Brumani en su *relación escrita desde Roma el 6 de enero de 1590. Entonces parecía aún incierta la venida de Luxemburgo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) V. el *Avviso de 13 de enero de 1590, Urb., 1058, p. 12, *Biblioteca Vatic.*, Maffei Hist., 48, Ricci, II, 141 s. y las relaciones en L'Epinois, 348 s. Sixto V profundamente conmovido contó a Brumani la humildad con que Luxemburgo le besó el pie. Que el Papa hiciese sentar al duque en la audiencia, lo califica Brumani de favor señalado. *Relación de 13 de enero de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

cómo su rey le había encargado decir al Padre Santo, que él no era un hereje contumaz; que si se le enseñaba, renunciaría a sus errores. Especial impresión hubo de producir en el Papa el que Luxemburgo pudiese comunicarle que Enrique de Navarra le había asegurado que creía en la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del altar. «¡Alabado sea Dios, exclamó Sixto, ésta es una buena noticia!» Para los partidarios de Enrique pidió Luxemburgo el permiso de perseverar en su fidelidad al rey sin incurrir en las censuras eclesiásticas. Además solicitó que para salvar las almas del rey y de una gran parte de partidarios, se dignase Su Santidad confiar su instrucción a eclesiásticos idóneos. La primera petición la recibió el Papa callando, la segunda la otorgó al momento y declaró que monseñor Serafino, auditor de la Rota para Francia, era para ello persona muy apropiada (1).

Denota bien la presunción del partido español el haber exigido Olivares y los cardenales Deza, Mendoza y Madruzzo a él adheridos la inmediata despedida de Luxemburgo. Sixto, como se deja entender, se negó decididamente a semejante intento de limitar su trato. «No tenemos necesidad de maestros», dijo a los cardenales, y hablando con el embajador veneciano hizo notar: «No despediremos a Luxemburgo; es para Nos una fianza de la sinceridad de los que le han enviado» (2).

A pesar de esta decidida declaración no se aquietó el poderoso partido español de Roma. Por eso el Papa en un consistorio de 29 de enero justificó su conducta, en lo cual hizo resaltar: «Negociar no es todavía hacer un ajustamiento» (3).

Los importunos afanes contrarios del embajador español dieron fuerza al Papa para seguir adelante por el camino emprendido. Se encargó mucho al cardenal Montalto, que tratase a Luxemburgo tan honoríficamente como fuese posible (4). El 7 de febrero contestó el Papa a las cartas de los príncipes y nobles católicos que se habían puesto de parte de Enrique de Navarra. Alabó su prontitud de voluntad para defender la religión católica, pero les pidió que unie-

(1) V. Hübner, II, 283 s. Sobre Serafino cf. Bentivoglio, Memorie, 138 s.

(2) V. Hübner, loco cit. Cf. L'Epinois, 386 s.; Ricci, II, 143.

(3) *Sermo de adventu ducis a Lutzenburgo, de audientiis eius, de causa et rationibus et quod aliud est audire, aliud facere, en las Acta consist. del *Archivo consistorial del Vaticano*.

(4) V. en el núm. 30 del apéndice la *relación de Brumani de 20 de enero de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

sen sus esfuerzos con los de los demás católicos (1). Expidióse un breve al cardenal Vendôme en el mismo sentido (2). El cardenal legado recibió la instrucción de que no rehusase negociar con los partidarios católicos de Enrique y a éstos no los tratase con dureza, sino con mucho amor y benignidad (3).

Llenaba a Olivares de creciente rencor el que Francisco de Luxemburgo afirmase su posición en Roma (4); sus espías vigilaban la morada del duque y anotaban a cada embajador y cardenal que allí hacía una visita (5). Por lo demás, Olivares en tanto se veía condenado a la inacción, en cuanto que no había aún llegado la respuesta de su rey a la propuesta pontificia de alianza. El cambio que se había efectuado en las opiniones del Papa, le hacía cada día más receloso (6). Pensó que si intimidaba al Padre Santo, se podía de nuevo arreglar todo. En una audiencia, que tuvo efecto por enero, presentó a éste un documento, que Sixto V rehusó al principio recibir, diciendo que volvería a contener sin duda una de las acostumbradas impertinencias. A pesar de eso recibiólo al fin el Papa; cuando después que se hubo alejado el embajador, lo leyó, vió que su sospecha había sido cierta. En el documento expresaba don Felipe su

(1) *Breve dil. fil. nob. viris, principibus, ducibus, baronibus atque aliis catholicis regni Franciae Turoni commorantibus, fechado Romae apud s. Petrum 7 febr. 1590, en los Brevia Sixti V, Arm. 44, t. 30, p. 397^b, *Archivo secreto pontificio*. Cf. L'Epinois, 387 s.

(2) V. *Brevia Sixti V, loco cit., p. 390.

(3) Carta del cardenal Montalto a Caetani de 8 de febrero de 1590, impresa en la *Revue du Monde cath.*, 1867, abril, 70.

(4) Luxemburgo visitó a todos los cardenales; v. la *relación de Brumani de 3 de febrero de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) *Questo ambasciatore di Spagna* [cifrado] sta anotando et osservando chi visita questo duca Lucimburgo, massime i ministri di principi et chi [de'] cardinali. *Relación de Brumani sin fecha, ibid.

(6) Maffei describe en sus *Hist.* (59) esta mudanza así: Ad extremum ipsemet, quo erat usu rerum, et ingenti solertia, reputare coepit apud se, quam sint ob privatos cuiusque respectus fluxae et instabiles belli societates; quam parvi momenti precaria, nec suis radicibus alte defixa potentia. In suspicionem praeterea venerat Mayneus affectati (ut supra dictum est) obtentu religionis imperii. Simul observabatur Hispanorum dominandi cupiditas, quibus opponi Galliae regnum, et exaequatas Summorum Pontificum vires e republica ducebat esse, modumque statui genti, non tantum in florentissimis Italiae ditonibus, verum etiam in ipsa Romana Ecclesia arbitrato suo paene cuncta versanti. Hisce Pontificis Maximi cogitationibus intervenere per eos privatae cum Philippo rege offensiones, quas Austriaco nomini infensi callidi homines, et aulae partiti, miris artibus acuebant. Ergo paulatim effectum est, ut Sixtus, qui sese initio valde severum ac rigidum in regia causa prae buisset, demitigari quotidie, et benigne coepere Luxemburgio polliceri.

asombro de que el Papa negociase con el partido de Navarra, y amenazaba con las armas temporales y espirituales, si el Papa continuaba por este camino. Cuando Sixto contó esto al embajador florentino, hizo observar que a un hombre católico como Luxemburgo, que pretendía fines buenos, no podía rechazarlo; que como Papa era su obligación oír a todos; que aun cuando el duque de Sajonia o el turco enviase un embajador, le daría oídos (1). Luxemburgo a su pregunta de si Sixto admitiría una carta de Navarra, recibió una respuesta de asentimiento (2).

Con este proceder condescendiente del Papa estaba en cruda oposición la conducta del cardenal legado Caetani, enviado por él a Francia. Por los de la Liga y los españoles se dejó persuadir de que el de Navarra como hereje relapso no podía ser rey de Francia, aunque obtuviese del Papa la absolución. Por eso Caetani, contra la instrucción que se le envió, trataba con dureza a los cardenales Vendôme y Lenoncourt, que aconsejaban la moderación respecto del de Navarra, y los llenaba de reproches. Claramente mostró el cardenal legado, que nada quería saber del de Navarra ni aun cuando se hiciese éste católico. Hasta las reconvenções del Papa no pudieron moverle a seguir otra política. Fué al fin tan lejos, que de los cien mil escudos que se le dieron al partir de Roma, pagó cincuenta mil a Mayenne por el mismo tiempo en que Sixto V negó al señor de Diou el socorro pecuniario solicitado, dando por razón, que no podía otorgar el subsidio al principio intentado, porque se había persuadido de que la religión en los de la Liga sólo era un pretexto para fines terrenos (3). Con severas palabras desaprobó Sixto la conducta de su legado, que se regía más por la voluntad de los españoles que por las instrucciones pontificias (4).

En 22 de febrero de 1590 llegó a Roma la respuesta de Felipe II, fechada a 28 de enero, a la propuesta de alianza que se le hizo en

(1) V. la relación de Niccolini en Desjardins, V, 72 s. De un modo semejante se expresó Sixto V también hablando con el embajador veneciano Badoer; v. la relación de éste de 13 de enero de 1590, impresa en parte en Hübner, III, 349 s., la cual Ranke (*Los Papas*, II³, 138, nota 1) atribuye equivocadamente a Donato. Para el hecho cf. también la carta de Montalto a Visconti en Schweizer, III, 164, nota 7.

(2) V. Niccolini en Desjardins, V, 75.

(3) V. Manfroni, *Legazione*, 222 ss., 241; *L'Epinois*, 367 s., 377 s., 389 s., 397 s.; Ehses, *Relaciones de nunciatura*, II, 372, nota 2.

(4) V. Niccolini en Desjardins, V, 85. Cf. Hübner, III, 357 s.; *L'Epinois*, 402 s.

diciembre. Era de asentimiento en todos los puntos. Un ejército de 50 000 hombres debía entrar en Francia, y el generalísimo lo nombraría el Papa. El cardenal Gesualdo llevó al punto esta declaración al Papa. De la respuesta evasiva que recibió el 28 de febrero, se podía sacar con harta claridad qué mudanza se había efectuado durante los dos últimos meses en las opiniones de Sixto V. Éste a la verdad siguió aseverando como antes, que ya desde el asesinato de los Guisas había tenido por lo más conveniente que el rey católico se encargase de poner orden en los asuntos de Francia; que después de la muerte de Enrique III tanto más urgentemente había cuidado de esto. Pero como en esta mirada retrospectiva no había ninguna indicación sobre los pasos que inmediatamente se habían de dar, el tan próximamente interesado en este negocio, Gesualdo, pidió más explicaciones sobre lo que debía anunciar al rey. Dijo el Papa, que ante todo se habían de aguardar más noticias del legado en Francia; que en la Liga se había producido una escisión; que Mayenne había recibido con flojedad la comunicación sobre la ayuda inmediata; que se hablaba del intento de una aproximación de Mayenne al de Navarra; que los pasos prematuros antes acelerarían su unión que la impedirían. El cardenal opinó que la excomunión de los partidarios del de Navarra era lo más indispensable; pero el Papa respondió que el legado estaba encargado de tentar antes medios más suaves. Gesualdo instó a que a lo menos se alejase a Luxemburgo. La respuesta fué que tampoco esto se podía hacer sin más ni más (1).

Ahora intentó Olivares llegar al fin con el empleo de medios más fuertes. En su audiencia de 24 de febrero leyó al Papa una carta de Felipe II, que exigía imperiosamente la ratificación de la propuesta de alianza de diciembre. Añadíase en ella, que el rey había cumplido su obligación, y que el Papa hiciese lo mismo, despidiendo al punto a Luxemburgo, declarando a Navarra para siempre inhábil para el trono y excomulgando sin dilación a los cardenales, príncipes y señores a él adheridos. Que si Su Santidad se negaba a ello, el rey por sí tomaría otra providencia en servicio de Jesucristo. Sixto había intentado inútilmente interrumpir la lectura de este escrito. Luego quiso poner en duda la autenticidad de la carta; finalmente dijo que si la carta era auténtica, había

(1) V. Hübner, II, 296 s., III, 363 s., 367 s.